

La novela abolicionista cubana

Uno de los rasgos más acusados de la diversidad hispanoamericana pone el acento en la negritud. En su órbita se inscribe la novela abolicionista, cuyo surgimiento tiene lugar en el pasado siglo, en plena colonia. Especie narrativa singular, fue elaborada por los intelectuales cubanos y era parte de un programa reformista que se inclinaba hacia la definitiva desaparición de la abominable «institución»: la esclavitud.

Manifiestas desde la cátedra, el periódico, el libelo y la tertulia, las ideas abolicionistas integran, asimismo, un programa gradual de descolonización. Ilustración, abolición de la trata, fomento de la emigración blanca, son los puntos esenciales de la orientación criticista, reformista y regeneracionista de las costumbres, verificable en un conjunto de textos que invariablemente denuncian el ocio y la relajación, y pregonan la imperiosa necesidad de su mudanza.

José Antonio Saco y Domingo del Monte son las figuras destacables en la elaboración del ideario y en el impulso dado a la creación literaria que harán posible el surgimiento de esta narrativa. Su peculiaridad reside en el tratamiento moral de las costumbres cubanas, en su intento de reflejar la problemática nacional para el mejoramiento de la sociedad. Sus limitaciones provienen del hecho de que el ideario reformista, si bien favorable a la raza negra en la medida en que propone la abolición de la esclavitud, contribuye sin embargo a fijar el mito de su inferioridad.

No podemos dejar de advertir las concepciones discriminatorias que albergan las propuestas de fomento de la emigración blanca, sustentadas en la opinión condenatoria de la amalgama

«Cuba se persuadirá al cabo que su mal le viene de la esclavitud de los negros: que ni esta institución abominable, ni esta raza infeliz se avienen con los adelantos de la cultura europea: que la tarea, el conato único, el propósito constante de todo cubano de corazón noble y santo patriotismo, lo debe cifrar en acabar con la trata primero, y luego en ir suprimiendo insensiblemente la esclavitud, sin sacudimiento ni violencias; por último limpiar a Cuba de la raza africana. Esto es lo que dicta la razón, el interés bien atendido, la política, la religión y la filosofía, de consuno, al patriota cubano¹.»

¹ Del Monte, Domingo, *Declaración* formulada en París, el 6-10-1848, *Escritos*, La Habana Cultural, 1929.

«...cualquier habitante de Cuba, aun el que menos conozca la índole de aquella sociedad, sabe que la opinión reinante en la raza blanca, aunque mucho más favorable a la raza etiópica que la del resto de las colonias europeas, está muy distante de sancionar una amalgama social de castas para conseguir la independencia política de la colonia ².»

De manera general, podemos decir que los novelistas cubanos que trataron el tema de la «institución abominable», elaboraron un proyecto literario en el cual se exageran los vicios de la clase esclavista, se otorga énfasis al carácter noble del esclavo y al inhumano del amo. Su núcleo narrativo reside en el antagonismo de los grupos raciales, y en la sanción implícita de la mezcla de razas, lo cual se patentiza en la censura de las relaciones entre el amo blanco y la esclava negra o mulata, estructuradoras de los melodramas que las integran.

El Prólogo a *Petrona y Rosalía*, de Félix Tanco, vuelve explícita la existencia de este programa sustentador del ciclo narrativo abolicionista. Exponer las costumbres privadas y públicas de la sociedad esclavista de manera crítica, presentar a blancos y negros mezclados, para ser fiel a la realidad, crear una literatura verista que describa las relaciones entre amos y esclavos, divulgar dentro y fuera de la isla las verdaderas condiciones sociales imperantes, no ocultar las pésimas condiciones morales y la relajación de las costumbres, son los puntos esenciales. También expresa la conveniencia de recurrir a la novela, por ser ésta el género de mayor difusión entre los lectores.

Los esclavos sumisos frente a la crueldad y el despotismo de los amos, instauran un maniqueísmo didáctico que exarcebará invariablemente los vicios de la clase esclavista criolla como de la española que fue a Cuba a enriquecerse: son destacadas su inmoralidad, su codicia y culpabilidad junto a los beneficios obtenidos merced al trabajo esclavo. Apelando a vicios que han sido considerados reprobables tradicionalmente, y que contrarian de manera abierta los principios éticos y religiosos consagrados por el código de conducta decimonónico, se efectúa el investimiento de los personajes de la clase esclavista para promover el rechazo de los lectores.

Al dotar a los personajes representantes de la clase esclavista de rasgos negativos, el proceso de identificación del lector con los esclavos, víctimas del sistema, permite la recepción de las ideas que sintetizan las fórmulas reformistas. El maniqueísmo, concepción simplificadora de la realidad, los vuelve asequibles y orienta su toma de partido. En la construcción de los personajes, tanto Tanco como Suárez y Romero utilizan este procedimiento. Pero también Villaverde recurre a él: resulta especialmente visible en la contraposición de ambientes diferentes en *Ceci-*

² Ibid.

³ Tanco Bosmeniel, Félix. «Escenas de la vida privada en la isla de Cuba». La Habana, *Revista Cuba contemporánea*. Año XIII, T.XXXIX, N.º 156, diciembre de 1925, p. 255-288.

lia Valdés, donde contrastan de manera flagrante las condiciones del trabajo esclavo en el cafetal y en el ingenio, como veremos más adelante.

Las propuestas reformistas que tienden a mejorar las costumbres de la sociedad cubana y a atenuar los rigores de la esclavitud acusan la crueldad, la deficiente educación de los jóvenes, el trato inhumano dado a los esclavos, las prácticas sexuales promiscuas, la violación de la esclava o la mulata doméstica como conducta habitual. Los esclavos, inermes frente al expolio y los malos tratos, en *Petrona y Rosalía* como en *Francisco*, también en *Cecilia Valdés* experimentan la inhumanidad fruto de la educación deficiente de sus amos, cuando no sucumben frente a las prácticas sexuales abusivas. Ellas aparecen bajo el signo de la violencia y la brutalidad desmedidas, y suelen esconder el incesto. El «pecado» de mulatez, pecado cuyo castigo no es otro que el de la infelicidad de los personajes, informa el ámbito narrativo regente de la causalidad de estos relatos.

Maniqueísmo didáctico, eslabonamiento que lleva del pecado al castigo, son dos de los rasgos más acusados de esta literatura. A ellos hay que agregar el verismo, puesto de manifiesto en los numerosos cuadros de costumbres, la idealización romántica de personajes y situaciones, y los enredos propios del melodrama romántico con su carga sensiblera. Recursos que, combinados de diferentes maneras, articulan el universo narrativo de la novela abolicionista.

Petrona y Rosalía: la familia esclavista y el esclavo en estado de naturaleza

Los novelistas anti-esclavistas pertenecen al círculo de Domingo Del Monte y se inspiran en la historia real del poeta esclavo Juan Francisco Manzano, cuya *Autobiografía*, escrita por sugerencias de su protector, narra la triste historia de sus padecimientos, las flagelaciones, humillaciones, conato de rebeldía y el ambiente social y familiar que lo sustentan. Documento único en las letras españolas, su conocimiento entre sus liberadores —pues Del Monte y sus amigos compraron la libertad de Manzano— es, sin dudar, el texto inspirador del ciclo novelístico contra la esclavitud⁴.

La novela corta *Petrona y Rosalía*, del colombiano radicado en Cuba, Félix Tanco Bosmeniel, publicada en 1925 en la *Revista Cuba Contemporánea*, fue escrita en 1838. Integraba una serie de cuadros de costumbres

⁴ Manzano, Juan Francisco, *Obras*, La Habana, ed. Arte y Literatura, 1972. Con un estudio de Israel M. Moliner, «Juan Francisco Manzano, el poeta esclavo y su tiempo», edición en la cual se conserva la ortografía original. Existe una edición anterior, de Manzano, La Habana, Municipio de La Habana. Reeditada en Madrid, *Juan Francisco Manzano: autobiografía de un esclavo*, Ed. Guadarrama, 1975. Lleva prólogo de Iván A. Schulman, a cuyo cargo está la edición, que ha sido modernizada.

⁵ La fecha de su elaboración surge de la correspondencia con Del Monte recogida en el *Centón Epistolario de Domingo del Monte*, carta fechada el 27-6-1840. También de la nota al pie de página que precede al relato editado por la revista *Cuba Contemporánea*.

cuyo conjunto llevaría el título *Escenas de la vida privada en la isla de Cuba*, lamentablemente extraviados⁶. Su trama se anuda en torno a una familia tipo, que veremos reaparecer, con pocas variantes, en *Francisco* y en *Cecilia Valdés*. La crueldad de Fernando, el hijo de familia caprichoso, inmoral e improductivo, es una constante de la literatura delmontina que hallamos más allá del marco de la novela. Así, por ejemplo, aparece en los artículos de «*El mirón cubano*» de Milanés.

La mulata Rosalía, fruto de los amores del amo con Petrona, su esclava negra, es hermosa, como lo es Cecilia Valdés, mujer angélica cuya belleza imanta al hombre blanco y sucumbe frente a su seducción bestial. Belleza e infortunio se unen a bondad e inocencia. La mulata bella e ingenua, víctima del amo vicioso, insolente, ignorante, despótico y corrupto, tratado sin piedad por parte del narrador de la historia, sometida al *fatum* de una sociedad rígida y despiadada.

La aceptación sumisa por parte de las dos mujeres, desterradas cada una a su tiempo al rigor y a las crueldades del ingenio, infinitamente más duro que el servicio en la casa de familia en la ciudad, se sostiene en la necesidad de perdón que instruye la doctrina cristiana: «Dios los perdone» y «ten paciencia, hija mía, y ofrécele los trabajos al Señor», dice Petrona, a punto de morir, a su hija encinta, y condenada a soportar el látigo del mayoral y los rigores del ingenio.

Los amos degradados por los vicios, crueles, inhumanos, se dan al juego, a la bebida, a los placeres que constituyen sus miras. Doña Concepción Sandoval Buendía, madre de Fernando, azota a Rosalía encinta, es la amante de un «marqués» del cual es hijo Fernando, según sabemos hacia el final del relato. La seducción forzosa de Petrona por don Antonio y de su hija después, muestra el ciclo que rige la moralidad corrupta de la clase esclavista. De origen noble y ascendencia española, aun cuando se trata de una nobleza adquirida por la compra de títulos. En contraposición, la idea rousseauiana del hombre en estado de naturaleza preside la conformación de Rosalía, criada en el ingenio, ignorante de los vicios de la vida urbana:

«Ninguna coquetería ni desenvoltura en sus movimientos fáciles y seductores. Rosalía ignoraba estas artes de la corrupción y del ejemplo de la sociedad: todo en ella era obra de la naturaleza, y si para a go puso el hombre su mano en esta obra, no fue seguramente para embellecerla y perfeccionarla, sino para degradarla y destruirla; la mano ruda de un amo o un mayoral, no es mano de un pedagogo o un mentor⁷».

⁶ Ibid. *Petrona y Rosalía* debía integrar una serie de cuadros de costumbres que llevaría por título «*Escenas de la vida privada en la isla de Cuba*» —incluiría «El niño Fernando», «El hombre misterioso», «Francisco» y «Los bandoleros»—, además del que se ha establecido en Buenos Aires José R. García, quien lo cedió a Carlos M. Trelles en 1924 para su publicación.

⁷ *Escenas de la vida privada...*, publicación cit., p. 270.

Francisco: verismo costumbrista y romanticismo sentimental

Por indicación de Del Monte, Anselmo Suárez y Romero elaboró, primero en Puentes Grandes y luego en el ingenio *Surinam*, en Güines, los capítulos que enviaba a Zacarías González del Valle, su introductor en la tertulia. Esa versión original fue la que Richard Madden llevó consigo a Inglaterra y nunca publicó ⁸.

La intención realista documental que surge claramente de la correspondencia de Suárez y Romero con González del Valle y con Del Monte se aplica fundamentalmente a las «costumbres raras y variadas» que «nacen de la esclavitud» ⁹. Pero, sin embargo, la idealización romántica guía la configuración del esclavo, dotado así de religiosidad, bondad y pureza extremas. Leal, trabajador, exento de vicios, fruto de la educación de una mujer blanca, melancólico, nostálgico de su tierra lejana, pues es un negro «de nación», conmovió efectivamente a sus lectores, quienes lloraron frente a *Francisco*. Uno de ellos fue Antonio Zambrana, autor de *El negro Francisco*, nueva versión elaborada a partir de la novela de Suárez y Romero. Pero Francisco posee una excelente voz y una sensibilidad frente a la música liberada de concomitancias esotéricas o creencias «primitivas», originada en un sentimiento estético, no religioso. Reflexiona sobre la suerte de los otros negros, su esclavitud y su miseria, infrecuente capacidad. Por su estoicismo y mansedumbre, su resignación cristiana, su melancólica introversión, su distanciamiento con los otros negros de la finca, su superioridad e intereses, se sitúa lejos de los cimarrones, figura no tratada por esta novelística. El suicidio con el cual pone fin a sus padecimientos, y que aparece directamente motivado por la afrenta del honor, es una solución literaria romántica, que no condice muy bien con el verismo de la novela. Más bien parece dirigida a acentuar la prédica del abolicionismo reformista, que busca la extinción gradual de la raza negra y su reemplazo por mano de obra blanca.

⁸ Richard Madden, comisionado por S.M. Británica, aliado de los reformistas solamente en lo que atañe a la necesidad de abolir la esclavitud. Llevó consigo un cuestionario que recabó de los intelectuales, la novela *Francisco*, de Suárez y Romero —que no publicó—, poesías de Zacarías González del Valle y de Juan Fco. Manzano, además de su *Autobiografía*, así como las *Elegías cubanas* de Rafael Matamoros.

⁹ *Centón*, T.IV, p. 38 y ss. La carta está dirigida a Del Monte y fechada el 15-3-1839:

«Aislado en el ingenio, sin ver de día y de noche más que enormes fábricas, el batey, los cañaverales, y luego, para acabar de entristecer el cuadro, sin ver otro espectáculo que el de hombres infelices, trabajando incesantemente para otros (...). Y es en balde salir del ingenio y trasladarse a otras fincas, pues en todas partes hay esclavos y señores, en todas partes hay mayoralcs...(...) Sin embargo, usted me encargó una novela donde los sucesos fueran entre blancos y negros y desde que la comencé, me ha entrado tal afición a observar los excesos de aquellos y los padecimientos de los segundos, tal gusto por estudiar las costumbres que nacen de la esclavitud, costumbres raras y variadas a lo infinito que no me pesa, antes me agrada mi estancia aquí para acopiar noticias y tela, con que poder escribir algún día otra novela por el estilo de la de «El ingenio o las delicias del campo».

Dorotea, digna del amor de Francisco hasta su entrega final, de nobles sentimientos, mansedumbre, belleza, modales finos, rezuma santidad, sensibilidad. Ludgarda, la hija de ambos, es igualmente angélica. La Sra. Mendizábal, figura más compleja, se aparta del esquema maniqueísta. Reúne rasgos positivos: religiosidad, sensibilidad ante el sufrimiento, es cuidadosa y solícita con Francisco y Dorotea. Nacida y criada en la sociedad esclavista, no se sustrae al desprecio generalizado hacia las gentes de color:

«...sus sentimientos de caridad hacia el esclavo real se equiparaban a los que las criaturas compasivas usan respecto a los seres irracionales¹⁰».

Las ideas iluministas del autor se aprecian bien en la conformación de este personaje, al cual reconoce limitado por la moral esclavista y el «*orgullo y grandeza, la aristocracia de los criollos y fijodalgos*». Orgullo que le impedirá ceder frente a la desobediencia de la pareja de esclavos, y aparece como rasgo de educación y clase, como rígido dictado social.

Por su carácter abolicionista la novela no circuló en Cuba y no se editó sino hasta 1880, fecha de la abolición de la esclavitud, en Nueva York. Su valía documental fue advertida en su momento por Fernando Ortiz. Las costumbres de la sociedad esclavista aparecen descritas minuciosamente, y su vocabulario es preciso: menear el guarapo, novenario, bocabajo, tumbadero, cáscara de vaca, bozales, ladinos, avemaría, el Mediodía, la Oración, la Medianoche, el cuarto de prima y el de madrugada, etc.

Sab: romanticismo y transgresión

Prohibida su introducción en Cuba «por contener...doctrinas subversivas del sistema de la esclavitud de esta isla y contrarias a la moral y a las buenas costumbres», excluida por su autora de la edición de sus *Obras* en 1869. Ni el romanticismo exotista que realza los sentimientos y lleva al primer plano a los personajes, su caracterología, sus reacciones, sus cuitas, ni la teatralidad que instaura el predominio del monólogo dramático —como ha estudiado muy bien Mary Cruz—, logran empañar su aportación capital.

Las cuatro novelas que examinamos aquí tienen en común el planteamiento de las relaciones afectivas entre hombres y mujeres de razas diferentes. Pero mientras las otras tres establecen la vinculación hombre blanco/mujer negra o mulata, *Sab* enlaza hombre mulato con mujer blan-

¹⁰ Suárez y Romero, Anselmo, *Francisco. El ingenio o las delicias del campo*. Biblioteca Básica de Autores Cubanos, La Habana, con prólogo de Eduardo Castañeda y estudio de Mario Cabrera Saqui: «*Vida, pasión y gloria de Anselmo Suárez y Romero*».

ca (Carlota), y otra mujer blanca (Teresa) admira y halla digno de ser amado al mulato esclavo.

Osadía para la época, que no parece hallarse en otros escritores, salvo en Emilio Castelar, *Historia de un corazón*, de 1874. Si el tema central de la novela es el amor romántico, imposible, desdichado, con su carga pasional, efusiones, celos, ternura, que impone grandes sacrificios, y los subtemas incluyen la esclavitud, lo indígena, lo legendario, la mujer, la soledad, la naturaleza, etc., favoritos de la novela romántica, cobra especial relieve el de la esclavitud. La elección de un protagonista esclavo, condiciona y determina en buena medida la materia argumental. Apasionado de la libertad, Sab acepta sin embargo rendirla al afecto, poniendo sus apetencias de libertad en segundo plano. Si no fuera por ello, las ideas que de modo contundente expone en su confesión a Teresa hubieran derivado necesariamente hacia la rebeldía que no llega a practicar:

«La sociedad de los hombres no ha imitado la equidad de la madre común /la naturaleza/, que en vano les ha dicho: sois hermanos. ¡Imbécil sociedad!, que os ha reducido a la necesidad de aborrecerla y fundar nuestra dicha en su total ruina!» (cap.I, 2.ª parte)

Los viejos «*elementos del mundo moral*» no podrán evitar el cambio que originaría el «*principio regenerador*», como dice su autora en el prólogo, por el cual los hombres cobrizos serán vengados por los hombres negros, como vaticina Martina. (cap X, 1.ª parte).

El realismo de Cecilia Valdés

El rigor analítico de lo social que supera la inicial intención costumbrista y excede ampliamente el estrecho marco impuesto por la historia sentimental de Leonardo y Cecilia, confluyen en una mostración pormenorizada de la sociedad esclavista.

Pero ni la experiencia del exilio que transforma la visión de Cirilo Villaverde al distanciarlo de la sociedad colonial represiva, ni la voluntad de atender tanto al plano individual como al social de las historias narradas, lo libra de los prejuicios de sus coetáneos integrantes, como él, de la tertulia delmontina. Así, en el determinismo que explica el comportamiento por la herencia biológica, la atribución del componente instintivo impulsor de la conducta de Cecilia a la raza, la designa como «híbrida e inferior».

Su mérito indudable, por otra parte, es el de no suscribir la perduración de una pétreo sociedad de castas inmovilista, sino que se pronuncia por la movilidad social. Blanquearse, evitar el «saltatrás» racial y social, es la idea que comparten Chepa, Charo y Cecilia. Opta así Villaverde por un sincretismo que es presentado como fuerza real orientadora del comportamiento.

El indudable mérito estético de esta novela no requiere de nuevos comentarios, pues es de todos conocido: el registro dinámico de la diversidad de tradiciones, costumbres, prejuicios, delata el afán analítico de la escuela realista y su propuesta racionalizadora de los hechos históricos. A saber, las aficiones y los odios que enfrentan a negros, mulatos, criollos y españoles, esclavos negros, negros libres, terratenientes bondadosos y despóticos. La trata negrera y el comercio ilegal que vincula a don Cándido Gamboa con Pedro Blanco Fernández de Trava. Las aspiraciones de los intelectuales, como la atmósfera difusa y la aquiescencia acrítica de la apática generación de los jóvenes amigos de Leonardo, tan alejada ya de la combatividad y voluntad constructiva de la de Villaverde. La familia esclavista tipo, con su moral enferma y otros núcleos sociales, el de los pardos y mulatos pobres y libres, indefinidos socialmenté, marginados sin ubicación precisa. Cecilia, ña Chepa, Nemesia, José Dolores Pimienta, el sastre Uribe y seña Clara, viven precariamente; que tenga paciencia, le dice Uribe a José Dolores, consejo que no acatará.

La esclavitud degrada tanto al blanco como al negro, nos dice su autor, haciendo hincapié en el aspecto moral de la cuestión; es la sociedad entera la que se halla en decadencia. Los pecados del padre se repiten en sus descendientes: los de don Cándido en Leonardo; Cecilia «se pierde» al igual que su madre. De esta manera, los crímenes e incestos «manchan» la vida de los personajes, quienes acusan las tensiones y antagonismos derivados de la represión impuesta por la sociedad colonial esclavista. Frente a sus afirmaciones, es posible distinguir un narrador que fustiga la esclavitud:

«embota la sensibilidad humana»;
 «afloja los lazos sociales más estrechos»;
 «debilita el sentimiento de la propia dignidad»;
 «oscurece las ideas del honor»;
 «en el código no escrito de los amos de esclavos, no se reconoce proporción inmediata entre los delitos y las penas»;
 «imposible que lo entiendan con toda su fuerza, aquellos que no han vivido jamás en un país de esclavos»;

Enriqueta Morillas Ventura
 Universidad Complutense
 Madrid (España)